



(**M. GARCÍA RUIZ***, 21/11/2014) | Quienes hemos adoptado el noble oficio de unir palabras, difícilmente podemos resistir la pulsión de llevarlo a cabo, aunque no siempre se haga con acierto, mucho menos a gusto de todos los lectores e incluso corriendo el riesgo de la inoportunidad, o cayendo en lo que en ocasiones se puede considerar como política, religiosa o socialmente incorrecto.

Las palabras pueden unirse mediante el ejercicio de un bello arte o ser colocadas una detrás de otra sin que consigan arrancar del lector o lectora un suspiro de admiración; pueden convertirse en un mero ejercicio de culteranismo estéril o ser capaces de transmitir sentimientos, ideas o retos que prendan y arraiguen en el corazón o en la mente de sus

lectores, creando seguidores incondicionales, sea cual sea el tema del que se ocupen; pueden enseñar, informar, inspirar, denunciar, infundir ánimo, crear ilusiones, adocnar, engañar, advertir, orientar, conquistar la mente, producir repulsa, mentir, traicionar, tergiversar, manipular, corromper, iluminar, humillar; las palabras son un vehículo mediante el cual se transmite amor o se engendra odio; podemos acariciar con las palabras y también producir los efectos contrarios. Las lindes entre el bien y el mal son con frecuencia asaz imperceptibles.

Las palabras pueden unirse mediante el ejercicio de un bello arte o ser colocadas una detrás de otra sin

También pueden unirse palabras y lazarlas al espacio mediante discursos, tertulias y otros medios de comunicación no escritos. En esos casos el listón suele ser mucho más tolerante, las expectativas de los lectores disminuyen, salvo cuando se trata de conferencias cuidadosamente elaboradas; las licencias que se permiten los operarios de las palabras suelen degradar no sólo el lenguaje, sino las propias relaciones personales. Sin dejar de ser cierto que una imagen tiene, o puede tener, el alcance de mil palabras, lo cual puede favorecer y favorece la eficacia del mensaje que se lanza a través del medio más poderoso, aunque no el más eficiente, como es la televisión, tampoco deja de ser cierto que la mercancía audiovisual más difundida en la actualidad como son las tertulias televisivas (por no mencionar a los llamados programas del corazón que requieren un tratamiento específico), se están convirtiendo en el medio más demoledor no ya sólo del lenguaje como medio de expresión intelectual, sino del buen gusto, del respeto, del culto a la verdad, de la educación ciudadana, del decoro, de la respetabilidad ajena.

En nombre de la libertad de expresión, que no dudamos en reafirmar como bien reconquistado por el sistema democrático, un valor totalmente innegociable, se miente, se infama, se denigra, se afrenta, se deshonra y se ultraja a las personas, creando sospecha, duda, perplejidad, enojo, temor, enfado, irritación, distanciamiento, enemistad, incluso odio. Los con-tertulios olvidan con frecuencia la etimología del término que los convoca, que hace referencia a personas que se reúnen para *conversar*, es decir, hablar unas con otras, charlar, departir, platicar, convivir y, aún más, “tratar de tener amistad una persona con otra”, según certifica el [\[1\]](#) María Moliner. El grito sustituye a la palabra sosegada, la descalificación a la valoración objetiva, el insulto al análisis, la frivolidad a la medida, la temeridad a la prudencia, la insensatez a la cordura.



~~Mañana, cuando se reúnan los miembros del equipo de trabajo, se les pedirá que preparen un informe sobre el estado de los trabajos y que lo presenten al comité de dirección.~~